



## **Incidencia de las relaciones interpersonales en la calidad del proceso pedagógico desde la perspectiva de los actores educativos**

*Impact of interpersonal relationships on the quality of the pedagogical process from the perspective of educational actors*

Rosario Esther Blanco Morales \*

[rosario-e.blanco-m@up.ac.pa](mailto:rosario-e.blanco-m@up.ac.pa)

<https://orcid.org/0000-0003-0332-9920>

\*Universidad de Panamá

Recibido: 21-08-2025. Aceptado: 30-10-2025.

Correspondencia: [rosario-e.blanco-m@up.ac.pa](mailto:rosario-e.blanco-m@up.ac.pa)

### **Resumen**

Este artículo contextualiza los elementos fundamentales del proceso educativo, explorando cómo se entrelazan con la calidad de las relaciones humanas dentro del entorno escolar. Su propósito es examinar cómo las interacciones entre personas influyen en la esencia del proceso pedagógico, desde una perspectiva integradora entre los actores involucrados. El método sigue un enfoque teórico y argumentativo, analizando campos como la psicología del desarrollo, la educación emocional, la gestión escolar y la pedagogía crítica, que invita a reflexionar sobre el papel de elementos como la confianza, la empatía y la comunicación efectiva. Estos actúan como dispositivos epistemológicos y afectivos, indispensables para la co-creación del conocimiento y para establecer un ambiente seguro para los estudiantes. Se fundamenta en las teorías de autores como Vygotsky, Goleman y Pianta, quienes argumentan que la dimensión emocional es, un catalizador vital impulsador de la motivación y el compromiso académico que integra las estrategias pedagógicas innovadoras, para su éxito. Se concluye que las conexiones humanas son, un pilar esencial que permite la construcción de conocimientos significativos fomenta la motivación y potencia la efectividad del proceso de enseñanza.

**Palabras claves:** relaciones interpersonales, calidad del proceso pedagógico, actores educativos.

### **Abstract**

*This work contextualizes the fundamental elements of the educational process, exploring how they intertwine with the quality of human relationships within the school environment. Its purpose is to examine how interpersonal interactions influence the essence of the pedagogical process, from an integrative perspective among the actors involved. The method follows a theoretical and argumentative approach, analyzing fields such as developmental psychology, emotional education, school management, and critical pedagogy, which invites reflection on the role of elements such as trust, empathy, and effective communication. These act as epistemological and affective devices, indispensable for the co-creation of knowledge and for establishing a safe environment for students. It is based on the theories of authors such as Vygotsky, Goleman, and Pianta, who argue that the emotional dimension is a vital catalyst driving motivation and academic engagement, integrating innovative pedagogical strategies for their success. It concludes that human connections are an essential pillar that enables the construction of meaningful knowledge, fosters motivation, and enhances the effectiveness of the teaching process.*

**Keywords:** interpersonal relationships, quality of the pedagogical process, educational actors.

### Cómo citar

Blanco Morales , R. E. (2025). Incidencia de las relaciones interpersonales en la calidad del proceso pedagógico desde la perspectiva de los actores educativos. GADE: Revista Científica, 5(3), 798-816. <https://doi.org/10.63549/rg.v5i3.747>



## INTRODUCCIÓN

La tesis central es que la efectividad del proceso educativo está estrechamente relacionada con la calidad de las relaciones de los actores en la comunidad educativa. Si las relaciones son positivas, empáticas y respetuosas, se crea un entorno de aprendizaje favorable, se fomenta la participación activa y el compromiso y se aumenta la eficacia de la enseñanza y el aprendizaje. Por el contrario, las relaciones problemáticas impiden el intercambio de conocimiento y el completo desarrollo de los estudiantes.

Iniciaremos, analizando en la concepción del proceso pedagógico, no como una lista de pasos didácticos o una simple transferencia de contenido curricular, sino que se revela como un intrincado entramado socioemocional. Este ensayo sostiene que la verdadera calidad y el impacto transformador del proceso educativo dependen, de manera crítica y fundamental, de la naturaleza de las relaciones humanas que se establecen entre los diferentes actores que lo constituyen. Cuando falta una dimensión relacional sólida, llena de empatía y respeto, no solo se ve afectada la eficacia de las estrategias didácticas, sino que también se levantan muros, tanto

epistemológicos como emocionales, que restringen el desarrollo integral del estudiante y dificultan la consecución de los objetivos educativos propuestos. Por lo tanto, se argumenta que invertir en la creación y el fortalecimiento de conexiones interpersonales positivas no es un simple aspecto deseable; es, más bien, una condición absoluta para lograr una experiencia educativa que realmente sea significativa y de alta calidad.

Los factores como la confianza y la comunicación, más allá de ser atributos deseables, operan como dispositivos epistemológicos y afectivos fundamentales en el contexto educativo.

La relación pedagógica, cuando se cimenta en la confianza mutua y la comunicación efectiva, trasciende la jerarquía formal para constituirse en un espacio de co-construcción del conocimiento. Un docente que modela la empatía y la escucha activa no solo valida la experiencia del estudiante, sino que activa mecanismos metacognitivos y autorregulatorios, fundamentales para un aprendizaje profundo. La seguridad psicológica que emerge de estos vínculos permite que el estudiante se arriesgue intelectualmente, cuestione, explore y dé sentido a la información, transformándola en conocimiento.



significativo. Inversamente, la falta de una conexión relacional puede generar un ambiente de aprehensión o indiferencia, donde la información se percibe como impuesta y se memoriza superficialmente, sin una verdadera apropiación cognitiva o desarrollo de la autonomía del pensamiento. Así, la calidad relacional no es un factor periférico, sino un mediador crítico en la interacción entre la didáctica y la cognición (Bronfenbrenner, 2002; Goleman, 1995; Pianta, 1999; Vygotsky, 1978).

#### **Pregunta de investigación:**

¿Cómo perciben los distintos actores educativos la influencia de las relaciones interpersonales en la calidad del proceso pedagógico?

**Objetivo general:** Analizar la percepción de los distintos actores educativos sobre la influencia de las relaciones interpersonales en la calidad del proceso pedagógico.

#### **METODOLOGÍA**

El enfoque adoptado es de carácter teórico-analítico y busca articular perspectivas provenientes de la psicología del desarrollo, la educación emocional, la gestión escolar y la pedagogía crítica. Se parte de la premisa de que la calidad no puede entenderse

únicamente como un resultado cuantificable, sino como una experiencia relacional compleja que se construye en el día a día de la convivencia escolar.

En las secciones siguientes se abordarán, en primer lugar, los fundamentos conceptuales que sustentan la relevancia de las relaciones interpersonales en el ámbito educativo. Luego, se describirá el papel específico de cada actor educativo y cómo sus interacciones configuran el proceso pedagógico.

Posteriormente, se discutirán las dimensiones clave que inciden en la construcción de vínculos saludables, como la comunicación, la empatía, la confianza y el respeto. Finalmente, se presentarán propuestas de intervención orientadas a fortalecer estas relaciones como estrategia para mejorar la calidad educativa en su sentido más amplio y humanizador.

#### **RESULTADOS**

Las relaciones interpersonales dentro de la escuela constituyen una red dinámica de interacciones que influyen directamente en el desarrollo emocional, social y cognitivo de los estudiantes. Según Bronfenbrenner (2002), el entorno inmediato del niño, incluido el aula, es determinante en su formación,



por lo que las relaciones establecidas en este espacio son esenciales para su aprendizaje y bienestar. Estas interacciones permiten la construcción de vínculos de confianza, la resolución de conflictos, el desarrollo del sentido de pertenencia y la co-creación del conocimiento (Figura 1).



**Figura 1.** Relaciones interpersonales dentro de la escuela. Fuente: Basado en Bronfenbrenner (2002).

Por otro lado, como parte de la dimensión afectiva, factores como la motivación y el compromiso académico, a menudo abordados desde perspectivas puramente cognitivas o conductuales, encuentran en la dimensión afectiva de las relaciones interpersonales un catalizador preponderante.

La percepción de que el docente se preocupa por el bienestar integral del estudiante, no solo por su rendimiento académico, genera un sentido de valor y pertenencia que es intrínseco al deseo de aprender. Esta vinculación afectiva opera como un motor para la persistencia

frente al desafío, transformando los obstáculos en oportunidades de crecimiento y fortaleciendo la resiliencia académica.

Las interacciones entre pares, por su parte, cuando son cooperativas y de apoyo, cultivan un ambiente donde la inteligencia colectiva se moviliza, donde el aprendizaje entre iguales se optimiza y donde se desarrollan habilidades socioemocionales esenciales como la negociación, la empatía y la resolución de conflictos.

Un aula desprovista de estas conexiones relacionales corre el riesgo de generar desmotivación, aislamiento y una baja autoeficacia, erosionando el compromiso intrínseco con el proceso de aprendizaje y, en última instancia, comprometiendo la trayectoria educativa del individuo.

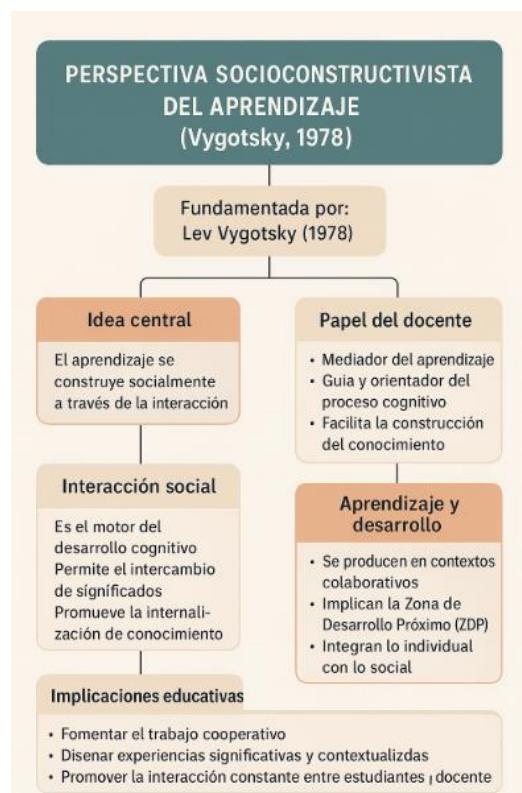
Desde una mirada llena de matices socioemocionales (Figura 2), se evidencia que los lazos positivos entre quienes conforman la comunidad educativa son, sin duda, un bálsamo que fomenta actitudes cooperativas disminuye la conflictividad en el ámbito escolar y, en última instancia, impulsa un aprendizaje que realmente tiene significado (Goleman, 1995).



**Figura 2.** Lazos positivos entre quienes conforman la comunidad. Fuente: Basado en Goleman (1995).

La esencia de estas relaciones se entrelaza íntimamente con la empatía, la capacidad de comunicarse de manera efectiva y el respeto mutuo que logran forjar entre los actores que forman parte del entorno escolar. Sin embargo, no debemos engañarnos: la calidad del proceso pedagógico va mucho más allá de simples cifras y logros académicos; se extiende a la habilidad de los educadores para tejer entornos que sean inclusivos, equitativos y emocionalmente seguros. Según Hargreaves (2003), la enseñanza de calidad es el resultado de una rica amalgama de competencias pedagógicas, afectivas y éticas, que en conjunto engendran una visión educativa centrada en la esencia humana del estudiante. Con esto en mente, el proceso pedagógico debe ser visto como un terreno fértil de interacción constante, donde se gestan significados

compartidos, se celebran las diferencias y se reconoce el potencial único de cada estudiante. La perspectiva socio constructivista, como bien postuló Vygotsky (1978), pone de relieve el papel fundamental que desempeña el docente como mediador en el aprendizaje, subrayando la crucial importancia de la interacción social que actúa como el verdadero motor del desarrollo cognitivo (Figura 3).



**Figura 3.** Perspectiva socio constructivista. Fuente: Basada en Vygotsky (1978).

La educación es un recorrido en el que todos tenemos un papel protagónico, una especie de danza improvisada donde cada uno de nosotros aporta su propio



estilo y ritmo. No se trata solo de un grupo de personas trabajando juntas; es una comunidad vibrante y dinámica que se entrelaza en un mar de interacciones significativas. En este escenario vibrante, los docentes, estudiantes, familias y directivos son más que actores solistas; son los arquitectos de un entorno escolar que busca no solo informar, sino transformar. Pensémoslo bien: cada persona implicada tiene una influencia crucial, un hilo en la vasta tela de la educación que aporta color y textura a la experiencia de aprendizaje.

Al explorar los papeles de estos tres actores clave el docente, el estudiante y la familia vamos a desentrañar cómo sus interacciones, en su complejidad y singularidad, pueden elevar la calidad pedagógica a nuevas alturas. Así que, adentrémonos en este tejido relacional, donde cada encuentro y cada intercambio cuenta, porque, en el fondo, el verdadero aprendizaje florece cuando todos participantes de manera activa y comprometida.

El docente no se limita solo a ser un simple transmisor de conocimientos; su papel se transforma en un puente hacia experiencias humanas profundas y significativas. Dentro del aula, el educador tiene la extraordinaria tarea de

cultivar un ambiente emocional que favorece el aprendizaje, todo ello cimentado en la empatía, el respeto y la confianza mutua. Según las reflexiones de Pianta (1999), la calidad del vínculo que se establece entre el docente y sus estudiantes impacta de manera directa no solo en su rendimiento académico, sino también en su motivación y su desarrollo socioemocional (Figura 4).



**Figura 4.** Relación docente – estudiante.  
Fuente: Basado en Pianta (1999).

Así, el educador debe ser plenamente consciente de su papel como formador integral, reconociendo que cada pequeña interacción tiene el potencial de convertirse en una rica



oportunidad de aprendizaje interpersonal.

Mediante prácticas comunicativas efectivas, la escucha activa y un genuino reconocimiento de la diversidad, el docente crea un entorno donde cada estudiante se siente valorado y preparado para construir su propio conocimiento. Por otro lado, el docente también actúa como un modelo relacional, siendo el reflejo de cómo se vincula con sus estudiantes, colegas y familias. Esta forma de relacionarse transmite normas, valores y actitudes que influyen en la cultura de la institución. Fomentar relaciones respetuosas y colaborativas es, sin duda, una condición esencial para la convivencia escolar y el desarrollo de una ciudadanía democrática, tal como sostiene Tedesco (2000).

En las visiones pedagógicas de hoy, ya no se mira al estudiante como un mero receptor de información, sino que se le percibe como un ser activo, un constructor de significados, un protagonista de su propio viaje de aprendizaje. Esta perspectiva subraya la importancia de considerar sus experiencias pasadas, sus intereses, sus emociones y sus propios ritmos de aprendizaje como elementos clave en el proceso educativo (Vygotsky, 1978). El

estudiante no es una isla; está en constante interacción con el mundo que lo rodea, y es precisamente a través de estas conexiones que va construyendo sus habilidades cognitivas, sociales y emocionalmente significativas.

Las relaciones que forja con sus compañeros, sus maestros y su familia juegan un papel crucial en este proceso. La calidad de estas interacciones puede marcar una gran diferencia en cómo se ve a sí mismo, en su sensación de eficacia y en su nivel de compromiso en el ámbito escolar (Reyes, 2011).

Es fundamental reconocer que el aprendizaje ocurre en una variedad de contextos, y que cada una de estas conexiones puede potenciar o entorpecer su camino educativo. Por esto, las instituciones educativas tienen la responsabilidad de crear ambientes de aprendizaje inclusivos, donde el estudiante no solo se sienta valorado como un individuo con derechos, sino que también pueda tomar parte activa en las decisiones que impactan su experiencia escolar.

La familia es el primer y más influyente entorno donde un niño empieza a socializar, dejando una huella indeleble en su desarrollo emocional, ético y cognitivo. Desde los primeros



años de vida, es en el hogar donde se instilan valores, se establecen normas, y se forjan estilos de comunicación y relaciones que, de alguna manera, van dando forma a la personalidad del estudiante ya su actitud hacia el aprendizaje (Bronfenbrenner, 2002).

Cuando hablamos del ámbito escolar, la confluencia entre la familia y la escuela revela su poder transformador: se materializa en mejores resultados académicos, en un incremento notable de la motivación y en una actitud más positiva hacia el conocimiento.

La figura 5 muestra que las investigaciones han revelado que la participación de los padres en la vida escolar de sus hijos no solo refuerza los lazos afectivos, sino que también construye una sólida red de apoyo que propicia el éxito educativo (Adolfo de Oliveira, citado en Reyes, 2011).

La familia no es un ente monolítico; es un sistema complejo y diverso que pinta un amplio espectro de realidades. Por eso, es crucial que la escuela reconozca estos múltiples ajustes familiares y establezca puentes de comunicación que se basen en el respeto y la inclusión. Adoptar un enfoque de corresponsabilidad educativa puede transformar a las familias en aliadas

estratégicas en el proceso pedagógico, permitiéndoles participar en decisiones, colaborar en actividades y coeducar junto a los docentes, creando así un ecosistema educativo más enriquecedor y efectivo.

### IMPORTANCIA DE LA PARTICIPACIÓN DE LOS PADRES EN LA EDUCACIÓN

Basado en investigaciones de Adolfo de Oliveira (citado en Reyes, 2011).



**Figura 5.** Participación de los padres en la educación. Fuente: Basado en Adolfo de Oliveira, citado en Reyes (2011).

En cada rincón de una institución educativa, los equipos directivos juegan un papel fundamental en la creación de un proyecto pedagógico vibrante y en la construcción de un ambiente organizacional positivo. Ya no se trata solo de funciones administrativas o de verificar el cumplimiento de normativas; los directivos son auténticos líderes que moldean, guían y animan la cotidianidad escolar. La manera en que gestionan no solo afecta la forma en que los docentes



ejercen su trabajo, sino que también transforma la experiencia educativa de los estudiantes y motiva a las familias a involucrarse más. Un directivo que realmente se compromete con la calidad educativa comprende que su liderazgo no puede surgir de una posición alejada y fría, sino que debe establecerse en la cercanía, la escucha activa y una coherencia palpable. Su trabajo va más allá de tomar decisiones; implica cimentar la confianza entre los educadores, crear espacios donde la reflexión conjunta de mi vida, mediar en conflictos y facilitar el entorno propicio para que la enseñanza y el aprendizaje florezcan.

No se trata únicamente de un simple acto administrativo, sino de fomentar diálogos genuinos, legítimos y participativos en cada paso del camino. Asimismo, los directivos tienen la responsabilidad de mantener una visión institucional clara, sustentada en principios éticos y pedagógicos que sean comprendidos y abrazados por todos. Esta visión es solo un faro que ilumina el camino, sino también una brújula que ayuda a orientar prácticas, a gestionar tensiones y trazar mejoras continuas. Por ello, es crucial que los directivos se mantengan en un aprendizaje constante,

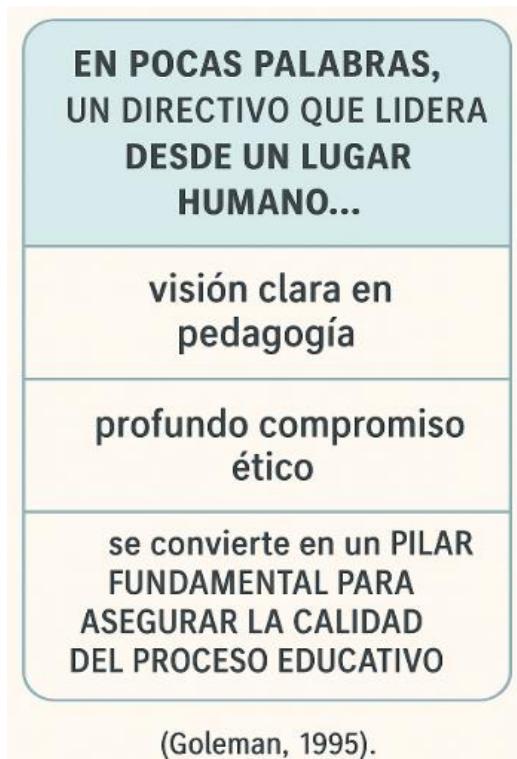
no únicamente en términos de gestión, sino también en áreas humanas vitales: comunicación efectiva, inteligencia emocional, pensamiento crítico y un liderazgo transformador que inspira y motiva.

Cuando un directivo se acerca a los docentes, valora lo que aportan y reconoce su esfuerzo, se crea un lazo fuerte que fomenta tanto las pertenencias como la motivación en el ámbito profesional. No se trata solo de una relación superficial; cuando el directivo se adentra en las dinámicas del aula, se suma a las propuestas pedagógicas o se sienta a dialogar con las familias, deja de ser esa figura distante y se transforma en un referente realmente importante para la comunidad escolar. Así, su papel se convierte en ese hilo conductor que entrelaza las diversas facetas del quehacer educativo: las académicas, las interacciones sociales, las responsabilidades administrativas y el tejido comunitario.

La figura 6 muestra en pocas palabras que, un directivo que lidera desde un lugar humano, con una visión clara en pedagogía y un profundo compromiso ético se convierte en un pilar fundamental para asegurar la



calidad del proceso educativo (Goleman, 1995).



**Figura 6.** Importancia del liderazgo humano en la educación. Fuente: Basado en Goleman (1995).

En el entorno educativo, las relaciones interpersonales no son meras contingencias o encuentros aislados. Al contrario, se construyen y maduran a través de ciertas dimensiones esenciales que, cuando se trabajan de manera consciente y sistemática, aportan de manera significativa a la mejora del clima escolar y del proceso de enseñanza-aprendizaje.

Entre estas dimensiones, brillan la comunicación efectiva, la empatía y la afectividad, junto con la confianza y el respeto mutuo. Estas son las bases sobre

las que se edifican vínculos humanos genuinos, imprescindibles para crear un entorno escolar saludable, inclusivo y propicio para un aprendizaje significativo. Así pues, la comunicación no es simplemente el traslado de información; es un verdadero proceso de co-creación de significados que exige atención, intención y un respeto genuino (Zabalza, 2004).

El directivo suele acercarse a los docentes, apreciando sus ideas y reconociendo la dedicación que ponen en su trabajo, en este contexto no solo se crea un vínculo más fuerte, sino que también se enciende el sentido de pertenencia y la motivación profesional de todos. Asimismo, al tomar parte activa en las dinámicas del aula, en las propuestas pedagógicas o en los espacios de diálogo con las familias, ese directivo deja atrás su imagen de figura distante y se transforma en un referente valioso dentro de la comunidad escolar. Por eso, su papel debe ser visto como el hilo conductor que entrelaza las diversas facetas de la labor educativa: la académica, la social, la administrativa y la comunitaria.

En esencia, un directivo que lidera desde una perspectiva humana, que posee una visión pedagógica y un



compromiso ético, se convierte en un pilar fundamental para asegurar la calidad del proceso educativo.

También hay que tener en cuenta que la comunicación pedagógica la que surge en el mismo acto de enseñar debe abarcar tanto el lenguaje hablado como el no verbal, el tono emocional, el contexto cultural del alumno y los recursos tecnológicos disponibles. Un docente que se comunica con sensibilidad y claridad no solo imparte conocimientos, sino que también modela maneras de convivir, de pensar críticamente y de relacionarse con los demás.

La empatía, esa maravillosa habilidad de colocarse en el lugar del otro, de captar sus emociones, perspectivas y necesidades sin juzgar de inmediato, es fundamental. En el entorno escolar, esta competencia emocional ofrece la puerta a la construcción de relaciones más profundas, comprensivas y humanas entre todos los que participan en el proceso educativo (Pianta, 1999).

Por otro lado, la afectividad se refiere a ese entramado de emociones y sentimientos que fluyen en las interacciones cotidianas. Un ambiente escolar afectivo no significa caer en un sentimentalismo desbordante, sino tener la capacidad de reconocer, expresar y

manejar las emociones de manera constructiva, beneficiando así el desarrollo socioemocional de los estudiantes (Goleman, 1995).

En el vasto entramado de nuestras interacciones, el respeto emerge como una actitud fundamental, esa que no solo reconoce, sino que también celebra la dignidad de cada individuo. Valorar las diferencias, legitimar la presencia del otro en el espacio compartido, es el primer paso hacia relaciones más equitativas. Cuando el respeto permea nuestras interacciones, ¿qué sucede? El diálogo se abre paso, da lugar a un intercambio genuino y, de paso, se abre la puerta a esa invaluable cultura de inclusión que se niega rotundamente a la discriminación (Tedesco, 2000). La confianza y el respeto no son conceptos etéreos, sino realidades que se forjan a través de las pequeñas acciones del día a día: cumplir compromisos, tratar a todos con equidad, escuchar genuinamente, corregir sin hacer sentir menos al otro, y establecer normas claras.

Tanto los estudiantes como los docentes anhelan sentirse valorados y seguros, pues es ahí, en ese clima de aceptación, donde pueden desplegar todo su potencial. En contraste, cuando reina la desconfianza o el irrespeto, lo que



florece no son las ideas brillantes, sino la inseguridad, la apatía y, por supuesto, la fragmentación social. Por estas razones, es imperativo que ambos aspectos, la confianza y el respeto, sean cultivados desde el corazón del liderazgo institucional, reflejados en las prácticas docentes y en las estrategias de formación. Una escuela que respira confianza y respeto es un lugar que no solo se convierte en un mejor ambiente de aprendizaje, sino que también se transforma en un espacio donde vivir es un verdadero deleite, y donde las relaciones interpersonales brotan como una fuente inagotable de crecimiento, tanto personal como colectivo.

En la comunidad educativa, las relaciones interpersonales ejercen un impacto profundo y tangible en el desarrollo integral de los estudiantes y en la calidad del entorno escolar. Cuando los lazos se fundamentan en la empatía, el respeto y la colaboración, se logran crear condiciones óptimas que facilitan el florecimiento de los procesos pedagógicos de manera efectiva. Numerosos estudios han evidenciado que la naturaleza de las interacciones tanto en el aula como en el resto de la institución influye directamente en la motivación, el desempeño académico y

el clima escolar (Hargreaves, 2003; Reyes, 2011).

Por otro lado, es innegable que la motivación estudiantil surge de manera directa del tipo de relaciones que se cultivan en el entorno educativo. Un estudiante que siente que su voz es escuchada, que es valorado y respetado, se convierte en alguien más dispuesto a involucrarse activamente en su aprendizaje. Las relaciones positivas entre docentes y alumnos fomentan el desarrollo de una motivación intrínseca; es esa llama interna que los impulsa a aprender por puro interés y curiosidad, y no solo por cumplir con exigencias externas (Deci & Ryan, 2000). Además, la participación de los estudiantes en el aula se ve robustecida en un clima de confianza mutua, donde se valoran sus opiniones, se respetan sus ideas y se aliena la toma de decisiones compartida.

Según señala Reeve (2012), los docentes que apoyan la autonomía de sus alumnos y establecieron conexiones cercanas, al mismo tiempo que promueven la colaboración, crean entornos que no solo estimulan el compromiso, sino que también favorecen la autorregulación en el aprendizaje. Finalmente, es crucial destacar que la calidad de estas



relaciones interpersonales desempeña un papel significativo en el rendimiento académico de los estudiantes. La interacción humana, el respeto y el apoyo mutuo no son meramente complementos en el proceso educativo; son, en esencia, los cimientos sobre los cuales se construye una experiencia de aprendizaje realmente transformadora.

El clima escolar se define como el conjunto de percepciones, creencias y actitudes compartidas por los miembros de la comunidad educativa respecto a su entorno escolar (Figura 7).



**Figura 7.** Clima escolar positivo. Fuente: Cohen et al., 2009).

Este clima se construye a partir de múltiples factores, pero las relaciones interpersonales son uno de los más determinantes. Un clima escolar positivo favorece la convivencia, el sentido de

pertenencia y el bienestar emocional de todos los actores (Cohen et al., 2009).

Un ambiente escolar positivo no aparece por sí solo sin esfuerzos; se edifica meticulosamente a través de la gestión directiva, las prácticas docentes, la implicación de las familias y las interacciones diarias.

Como bien señalan Bear et al. (2015), cuando se fomentan relaciones cimentadas en la justicia, la equidad y el aprecio por la diversidad, los índices de violencia, discriminación y aislamiento tienden a disminuir, mientras que la cohesión institucional se reafirma. En esencia, cultivar relaciones interpersonales sanas puede provocar una transformación extraordinaria en el clima escolar, lo que repercute de manera favorable en los procesos de enseñanza y aprendizaje.

Este ciclo virtuoso, tan cristalino como necesario, debe ser impulsado de manera deliberada en las políticas institucionales y en la práctica educativa cotidiana. Tras el estudio de cómo influyen las relaciones interpersonales en la calidad del proceso pedagógico, se vuelve indispensable proponer estrategias que guíen la práctica educativa hacia una gestión más humana, participativa y efectiva en la creación de



vínculos dentro de las escuelas. Estas iniciativas no solo persiguen elevar las condiciones del aprendizaje, sino también robustecer la convivencia, el sentido de pertenencia y la equidad en el ámbito educativo.

Un pilar crucial para mejorar las interacciones interpersonales en el entorno escolar es la capacitación continua del profesorado. No es suficiente contar con una formación sólida en cuanto a contenidos; es esencial que los docentes estén equipados con herramientas que favorezcan la creación de un clima relacional donde todos se sientan valorados y escuchados.

La incidencia de las relaciones interpersonales en la calidad pedagógica trasciende el microsistema del aula para abarcar una dimensión holística y co-responsable que implica a todos los actores del ecosistema educativo. La interacción entre el personal administrativo, los padres de familia y la comunidad en general, cuando se caracteriza por la colaboración, la comunicación fluida y la alineación de objetivos, refuerza la coherencia y la pertinencia del proceso educativo.

Un entorno institucional donde los principios de respeto y empatía permean todas las interacciones desde el director

hasta el personal de apoyo—genera una cultura organizacional que irradia positividad y seguridad hacia los estudiantes. Los padres, al ser integrados activamente en la vida escolar y al establecer relaciones de confianza con la institución, pueden complementar y reforzar significativamente el trabajo pedagógico en el hogar. Ignorar esta interconectividad es fragmentar la experiencia educativa, diluyendo su impacto y creando posibles disonancias entre los diferentes entornos de socialización y aprendizaje del estudiante.

Comprender la educación como una empresa colectiva, donde cada vínculo interpersonal contribuye a la arquitectura invisible del aprendizaje, es esencial para maximizar la calidad y el desarrollo integral. Este entramado relacional está compuesto por docentes, estudiantes, familias y directivos, quienes interactúan de manera constante dentro de una estructura institucional compleja, donde cada uno desempeña un papel fundamental.

A nivel institucional, es necesario implementar estrategias intencionales y sostenidas que fomenten relaciones interpersonales positivas en todos los niveles de la comunidad educativa. Estas



estrategias deben ser parte de los planes de mejoramiento institucional y contar con el respaldo de los equipos directivos y de orientación escolar.

Entre las acciones recomendadas se encuentran:

- Diseño de protocolos de convivencia escolar centrados en la restauración de relaciones y no únicamente en el castigo.
- Creación de espacios de diálogo y participación para estudiantes, docentes y familias, que fortalezcan el sentido de comunidad.
- Acompañamiento psicoeducativo y socioemocional, tanto preventivo como en situaciones de conflicto.
- Evaluaciones periódicas del clima escolar, que permitan ajustar las prácticas institucionales con base en la voz de los actores.

Como lo destaca Cohen (2009), el fortalecimiento del clima escolar a través de políticas inclusivas y de cuidado mutuo repercute en mejores resultados académicos, menor deserción y mayor bienestar emocional. Estas intervenciones requieren una visión sistémica que considere que las relaciones interpersonales no se restringen al aula, sino que atraviesan toda la cultura institucional. Por ello, la

mejora de las relaciones debe ser concebida como una responsabilidad compartida entre directivos, docentes, familias y estudiantes.

## DISCUSIÓN

Los hallazgos derivados de la revisión sistemática permiten afirmar que las relaciones interpersonales constituyen un eje estructurante del proceso pedagógico, incidiendo tanto en la calidad del aprendizaje como en el desarrollo socioemocional de los estudiantes. En concordancia con Pianta (1999) y Pianta, Hamre y Allen (2012), los vínculos positivos entre docente y alumno generan un entorno de confianza que potencia la participación, la motivación intrínseca y la implicación afectiva con las tareas escolares. Esta dinámica relacional no solo actúa como facilitadora del aprendizaje, sino que también se erige como un factor protector frente a la desmotivación y el fracaso escolar.

Desde la perspectiva sociocultural de Vygotsky (1978), el aprendizaje se entiende como un proceso mediado socialmente, en el que la interacción con otros —especialmente con figuras de autoridad pedagógica— permite la interiorización de conocimientos y valores. En este sentido, el docente



asume el rol de mediador y guía, favoreciendo zonas de desarrollo próximo que amplían las posibilidades cognitivas y emocionales del estudiante.

Esta visión se complementa con el enfoque bioecológico de Bronfenbrenner (2002), que resalta la influencia de los contextos de relación (microsistema escolar y familiar) en la formación integral, destacando la necesidad de fortalecer los lazos comunicativos entre los actores educativos.

Por su parte, Cohen et al. (2009) y Reyes (2011) coinciden en que un clima escolar positivo, sustentado en relaciones interpersonales respetuosas y empáticas, promueve la convivencia y el sentido de pertenencia. La calidad de las interacciones cotidianas entre estudiantes y docentes se configura, así, como un indicador determinante de la eficacia pedagógica y de la salud emocional colectiva. Estudios comparativos, como el de Bear et al. (2015), demuestran que las percepciones de clima escolar y las relaciones pedagógicas varían según el contexto cultural, lo cual sugiere la necesidad de adaptar las estrategias relacionales a los valores y dinámicas propias de cada comunidad educativa.

En términos emocionales, las aportaciones de Goleman (1995) y Fernández-Berrocal (2020) evidencian que la inteligencia emocional del profesorado desempeña un papel esencial en la gestión del aula, en la resolución de conflictos y en la creación de ambientes propicios para el aprendizaje. Docentes emocionalmente competentes logran establecer vínculos basados en la empatía y el reconocimiento, fortaleciendo tanto la autoconfianza del estudiante como su autorregulación emocional.

Asimismo, desde la teoría de la autodeterminación de Deci y Ryan (2000) y los aportes de Reeve (2012), se concluye que la satisfacción de las necesidades psicológicas básicas de autonomía, competencia y relación favorece una implicación genuina en el aprendizaje. Las relaciones pedagógicas que promueven la autonomía del estudiante y el reconocimiento de su voz en el aula generan motivación interna y una conexión más significativa con el proceso formativo.

Los aportes de Hargreaves (2003), Day y Gu (2010) y Zabalza (2004) permiten comprender que las relaciones interpersonales en la escuela también son un componente del desarrollo



profesional docente. Los vínculos de colaboración, apoyo mutuo y confianza entre colegas contribuyen a una cultura institucional reflexiva, donde la innovación y la mejora continua se vuelven posibles. En conjunto, la evidencia revisada confirma que el fortalecimiento de las relaciones interpersonales dentro del espacio pedagógico no es un elemento accesorio, sino una condición indispensable para la construcción de una educación humanizada, inclusiva y emocionalmente sostenible.

## CONCLUSIONES

El presente análisis ha permitido evidenciar que las relaciones interpersonales desempeñan un papel central en la calidad del proceso pedagógico. Estas relaciones, cuando están fundamentadas en la empatía, el respeto, la comunicación y la confianza, generan un entorno propicio para el aprendizaje, fortalecen el clima escolar y contribuyen al desarrollo integral de los estudiantes.

Los distintos actores educativos docentes, estudiantes, familias y directivos tienen un rol clave en la construcción de vínculos positivos. El docente como mediador, el estudiante como protagonista, la familia como

aliada y el directivo como líder ético constituyen una red de relaciones que puede potenciar o dificultar el cumplimiento de los objetivos educativos.

Se concluye, además, que mejorar las relaciones interpersonales en el contexto educativo exige tanto formación docente como estrategias institucionales orientadas al bienestar colectivo. Estas acciones deben promover una cultura escolar que valore las diferencias, que fomente la participación y que conciba el aprendizaje como un proceso humano, social y colaborativo. Por ello, se hace un llamado a las instituciones educativas, a los responsables de políticas públicas y a los programas de formación docente, para que integren de forma explícita y coherente la dimensión relacional como componente fundamental de la calidad educativa.

Se considera que la tesis central de este análisis se reafirma: la calidad del proceso pedagógico no es meramente una función de la metodología o el contenido, sino que está intrínsecamente determinada por la calidad de las relaciones interpersonales que configuran el ambiente educativo. La confianza, la empatía, la comunicación



efectiva y el respeto mutuo no son atributos accesorios, sino pilares fundacionales que habilitan la construcción de conocimiento significativo, fomentan la motivación intrínseca, potencian la eficacia de las estrategias didácticas y consolidan un compromiso holístico de la comunidad educativa.

La deliberada inversión en la construcción y el sostenimiento de estas conexiones humanas es, por lo tanto, una prioridad estratégica que trasciende la mera gestión educativa para convertirse en una praxis que define la verdadera esencia y el éxito de una educación orientada al desarrollo integral y humano.

## REFERENCIAS

- Bear, G. G., Yang, C., Mantz, L. S., & Boyer, D. (2015). Differences in school climate and student–teacher relationships by school level and cultural context: Perceptions of Chinese and American students. *School Psychology International*, 36(2), 115–134.  
<https://doi.org/10.1177/0143034314566321>
- Bronfenbrenner, U. (2002). Making human beings human: Bioecological perspectives on human development. SAGE Publications.
- Cohen, J., McCabe, E. M., Michelli, N. M., & Pickeral, T. (2009). School climate: Research, policy, practice, and teacher education. *Teachers College Record*, 111(1), 180–213.
- Day, C., & Gu, Q. (2010). The new lives of teachers. Routledge.
- Deci, E. L., & Ryan, R. M. (2000). The “what” and “why” of goal pursuits: Human needs and the self-determination of behavior. *Psychological Inquiry*, 11(4), 227–268.  
[https://doi.org/10.1207/S15327965PLI1104\\_01](https://doi.org/10.1207/S15327965PLI1104_01)
- Fernández-Berrocal, P. (2020). Inteligencia emocional en educación: Avances y perspectivas. *Revista de Educación*, 390, 15–38.  
<https://doi.org/10.4438/1988-592X-RE-2020-390-457>
- Goleman, D. (1995). Emotional intelligence: Why it can matter more than IQ. Bantam Books.
- Hargreaves, A. (2003). Teaching in the knowledge society: Education in the age of insecurity. Teachers College Press.



- Hoy, W. K., & Miskel, C. G. (2012). Educational administration: Theory, research, and practice (9th ed.). McGraw-Hill Education.
- Pekrun, R., & Linnenbrink-Garcia, L. (Eds.). (2014). International handbook of emotions in education. Routledge.
- Pianta, R. C. (1999). Enhancing relationships between children and teachers. American Psychological Association.
- Pianta, R. C., Hamre, B. K., & Allen, J. P. (2012). Teacher-student relationships and engagement: Conceptualizing, measuring, and improving the capacity of classroom interactions. In S. L. Christenson, A. L. Reschly & C. Wylie (Eds.), Handbook of research on student engagement (pp. 365–386). Springer.
- Reeve, J. (2012). A self-determination theory perspective on student engagement. In S. L. Christenson, A. L. Reschly & C. Wylie (Eds.), Handbook of research on student engagement (pp. 149–172). Springer.
- Reyes, M. E. (2011). Clima escolar y relaciones interpersonales: Su impacto en el aprendizaje. Revista Electrónica de Investigación Educativa, 13(1), 1–18.
- Tedesco, J. C. (2000). El nuevo pacto educativo: Educación, competitividad y ciudadanía en la sociedad moderna. Fondo de Cultura Económica.
- Vygotsky, L. S. (1978). Mind in society: The development of higher psychological processes. Harvard University Press.
- Zabalza, M. A. (2004). La práctica docente del profesorado universitario: Desarrollo profesional y mejora de la calidad. Narcea Ediciones.